

EL IMPERIALISMO

La misión de la raza británica:

«Es para mí un estímulo y un gran placer ver que existe en las colonias y en la madre patria alguna confianza en mi deseo de acercarlas más estrechamente. Creo que la raza británica es la más grande de todas las razas soberanas que el mundo haya conocido (...). Estamos dispuestos a admirar a los grandes hombres de nuestro pasado, pero cuando llegamos a nuestro tiempo, dudamos y parecemos perder la confianza que, en mi opinión, conviene a una gran nación como la nuestra. Por tanto, si consideramos asuntos relativamente secundarios como las expediciones en las que últimamente se han comprometido ingleses o las administraciones que los ingleses han dirigido recientemente, no veo razón alguna para dudar de que el espíritu británico está todavía vivo...»

Discurso de Joseph **CHAMBERLAIN** en el Imperial Institute (11 de noviembre de 1895)

Las causas del imperialismo:

«Estaba ayer en el East End y asistí a una reunión de parados. Escuché fuertes discusiones. No se oía más que un grito: ¡Pan, pan! Al revivir toda la escena cuando regresé a mi casa, me sentí todavía más convencido que antes de la importancia del imperialismo (...). La idea que más querida me es, es la solución del problema social, a saber: para salvar a los cuarenta millones de habitantes del reino unido de una mortífera guerra civil, nosotros, los colonizadores, debemos conquistar nuevas tierras para instalar en ellas el excedente de nuestra población, encontrar nuevas salidas a los productos de nuestras fábricas y nuestras minas. El imperio, como he dicho siempre, es una cuestión de estómago. Si queréis evitar la guerra civil tenéis que convertirnos en imperialistas.»

Palabras de Cecil **Rhodes** a su amigo el periodista Stead, pronunciadas en 1895 y recogidas en la revista *Die Neue Zeit*, XVI, I, pág. 304 (1898)

Racismo e imperialismo:

«Señores, hay un segundo punto, un segundo orden de ideas que debo igualmente abordar — créanme— lo más rápidamente posible: es el lado humanitario y civilizador de la cuestión (...). Es preciso decir abiertamente que, en efecto, las razas superiores tienen un derecho con respecto a las razas inferiores porque existe un deber para con ellas. Las razas superiores tienen el deber de civilizar a las razas inferiores (...) ¿y existe alguien que pueda negar que existe más justicia, más orden material y moral, más igualdad, más virtudes sociales en el África del Norte desde que Francia ha hecho su conquista? Cuando fuimos a Argelia a destruir la piratería y asegurar la libertad del comercio en el Mediterráneo, ¿hicimos acaso acciones de corsarios, conquistadores o devastadores...?»

Discurso de Jules **FERRY** ante la Cámara de los Diputados (28 de julio de 1885)

Colonizadores y colonizados:

«Mientras tanto, terminó la representación, y la orquesta de aficionados interpretó el himno nacional. Las conversaciones y las partidas de billar se interrumpieron y los rostros adquirieron una rígida expresión. Era el himno del Ejército de Ocupación. Les recordaba a todos los miembros del club — ellos y ellas— que eran británicos y que vivían en el exilio. Creaba un cierto estado emocional y reforzaba útilmente la convicción del poder de la voluntad. La mezquina melodía, las lacónicas series de peticiones a Yahveh, se fundían en una plegaria desconocida en Inglaterra, y aunque ni la realeza ni la deidad llegaban a ser para ellos realidades concretas, sí percibían un algo específico, y se sentían fortalecidos para resistir otro día más. Luego salieron todos del teatro improvisado, ofreciéndose mutuamente algo de beber.

—Adela, tómate una copa; y tú también, madre.

Las dos dijeron que no —estaban cansadas de bebidas— y Miss Qusteded, que decía siempre lo que pensaba, anunció de nuevo que estaba deseosa de ver la India verdadera.

Ronny se hallaba de muy buen humor. La petición se le antojó cómica, y se dirigió a otro de los que pasaban:

—¡Fielding! ¿Cómo se hace para ver la verdadera India?
—Trate de ver a los indios —contestó el interpelado, desapareciendo acto seguido.
—¿Quién era?
—El Director del Instituto.
—Como si fuera posible no verlos —suspiró Mrs. Lesley.
—Yo lo he conseguido —dijo Miss Quested—. Con la excepción de mi propio criado, apenas he hablado con un indio desde que desembarqué.
—Ha tenido usted mucha suerte.
—Pero yo quiero conocerlos.
Miss Quested se convirtió en el centro de un grupo de señoras que la contemplaban, divertidas.
—¡Querer conocer a los indios! ¡Qué nuevo suena eso! —dijo una de ellas.
—¡Los nativos! ¡Imagínese! —comentó otra.
—Déjeme que le explique —añadió una tercera, con más seriedad—. Los nativos no nos respetan más después de conocernos, ¿comprende?
—Eso pasa también con otras muchas personas.
Pero la otra, perfectamente estúpida y deseosa de mostrarse amable, continuó:
—Quiero decir que yo era enfermera antes de casarme y tuve que tratar mucho con ellos, así que estoy bien enterada. Sé realmente la verdad sobre los indios. Tenía un empleo muy poco adecuado para una inglesa... enfermera en un estado nativo. La única manera de comportarse consistía en mantener rígidamente las distancias.
—¿También con los pacientes?
—Lo mejor que se puede hacer con un nativo es dejarlo morir —dijo Mrs. Callendar.
—¿Y si fuera al cielo? —preguntó Mrs. Moore, con una sonrisa amable, pero irónica.
—Puede ir a donde quiera con tal de que no se me acerque. Me dan escalofríos.»

E.M. FORSTER, *Pasaje a la India* (1924)

«A Mrs. Moore le pareció que su hijo se comportaba de una manera bastante absurda. Acostumbrada a la independencia de Londres, no se daba cuenta de que la India, aparentemente tan llena de misterios, carece por completo de ella y que, en consecuencia, las conveniencias sociales tienen mucha más fuerza—. Supongo que no estará preocupada por algo —continuó.
—Pregúntale; pregúntaselo tú mismo, querido.
—Probablemente habrá oído historias sobre el calor pero, como es lógico, la mandaré a las montañas cada año en cuanto llegue abril... No se me ocurriría tener a mi mujer asándose en la llanura.
—No será el clima lo que le preocupe.
—El clima es la única cosa importante en la India, madre; es el alfa y el omega de todo el asunto.
—Sí, eso es lo que Mr. McBryde estaba diciendo, pero es mucho más probable que sean los ingleses de la India los que saquen de quicio a Adela. Piensa que no se portan amablemente con los indios, ¿comprendes?
—¿No te lo había dicho? —exclamó Ronny, perdiendo su tono comedido—. Me di cuenta la semana pasada. ¡Qué típico de una mujer preocuparse por un problema secundario!
La sorpresa de Mrs. Moore fue tan grande que se olvidó de Adela.
—¿Un problema secundario? —repitió—. ¿cómo es posible?
—¡No estamos aquí para comportarnos amablemente!
—¿Qué quieres decir?
—Lo que estoy diciendo. Estamos aquí para hacer justicia y mantener la paz. Eso es lo que yo opino. La India no es una sala de visitas.
—Parece más bien la opinión de un dios —dijo ella calmadamente; en realidad, más que las opiniones de su hijo le irritaba su actitud.
Esforzándose por recobrar la calma, Ronny respondió:
—A la India le gustan los dioses.
—Y a los ingleses les gusta hacerse pasar por dioses.
—Todo esto no tiene sentido. Estamos aquí y aquí vamos a quedarnos; el país tiene que hacerse a la idea, tanto si somos dioses como si no. Vamos a ver —estalló de manera bastante patética—, ¿qué queréis Adela y tú que haga yo? ¿Ir en contra de mi propia clase, en contra de todas las

personas que respeto y admiro? ¿Perder las posibilidades que tengo de hacer el bien en este país porque no me comporto amablemente? Ninguna de las dos entendéis lo que es el trabajo o de lo contrario no diríais esas tonterías. No me gusta hablar así, pero a veces resulta necesario. Es una cosa morbosa lo que Adela y tú estáis haciendo. Me he fijado en vosotras hoy en el Club..., después de todo el trabajo que el Administrador se había tomado para que pasarais un buen rato. Estoy aquí para trabajar, entérate, para retener por la fuerza este desdichado país. No soy un misionero, ni un diputado laborista ni un literato compasivo y vagamente sentimental. No soy más que un funcionario del Gobierno; ejerzo la profesión que tú misma quisiste que escogiera, y eso es lo que cuenta. No somos amables en la India, y no tratamos de serlo. Tenemos algo más importante que hacer.»

E.M. **FORSTER**, *Pasaje a la India* (1924)

La violencia colonial: el chicote:

«¿Quién inventó ese delicado, manejable y eficaz instrumento para azuzar, asustar y castigar la indolencia, la torpeza o la estupidez de esos bípedos color ébano que nunca acababan de hacer las cosas como los colonos esperaban de ellos, fuera el trabajo en el campo, la entrega de la mandioca (*kwango*), la carne de antílope o de cerdo salvaje y demás alimentos asignados a cada aldea o familia, o fueran los impuestos para sufragar las obras públicas que construía el Gobierno? Se decía que el inventor había sido un capitán de la Force Publique llamado monsieur Chicot, un belga de la primera oleada, hombre a todas luces práctico e imaginativo, dotado de un agudo poder de observación, pues advirtió antes que nadie que de la durísima piel del hipopótamo podía fabricarse un látigo más resistente y dañino que los de las tripas de equinos y felinos, una cuerda sarmentosa capaz de producir más ardor, sangre, cicatrices y dolor que cualquier otro azote y, al mismo tiempo, ligero y funcional, pues, engarzado en un pequeño mango de madera, capataces, cuartereros, guardias, carceleros, jefes de grupo, lo podían enrollar en su cintura o colgarlo del hombro, casi sin darse cuenta que lo llevaban encima por lo poco que pesaba. Su sola presencia entre los miembros de la Fuerza Pública tenía un efecto intimidatorio: se agrandaban los ojos de los negros, las negras y los negritos cuando lo reconocían, las pupilas blancas de sus caras retintas o azuladas brillaban asustadas imaginando que, ante cualquier error, traspíe o falta, el chicote rasgaría el aire con su inconfundible silbido y caería sobre sus piernas, nalgas y espaldas, haciéndolos chillar.»

Mario **VARGAS LLOSA**, *El sueño del celta* (2010)